

## ES LO QUE TIENEN LOS PUEBLOS PEQUEÑOS

Querida mía,

Vivir rodeado de tus pertenencias, de todos tus recuerdos, me resultaba demasiado doloroso. Cuarenta años de convivencia fueron muchos años, y sabes que nunca me he llevado bien con la soledad.

Los hijos me decían que lo mejor era que me deshiciese de todo.

Tuve que dejar que transcurriesen varios meses, tras tu muerte, hasta que me atreví a entrar en tu vestidor.

Ay.

Cogí varias bolsas grandes de las de ir al súper, y metí en ellas tus vestidos, tus chaquetas, tus zapatos, tus bolsos, tus blusas, tus faldas, tus abrigos, tus botas, tus pañuelos, hasta que las secuencias de perchas colgaban desnudas y alineadas como si fuesen raspas de pescado o como si fuesen frases de palabras ásperas.

No me atreví a tocar el contenido del cajón de la lencería; ese cajón es también un relicario, un cofre del tesoro, el estuche de una joya exclusiva, una máquina del tiempo, un secreto, un misterio, un refugio sagrado y más cosas. Me limité a acariciar apenas el encaje de unas braguitas, a llevarme a la nariz un sujetador de seda intentando fijar el recuerdo de un perfume, y me sentí como si fuese el oficiante de un ritual pagano.

Metí las bolsas en el maletero del coche donde se quedaron algunas semanas — me costaba decidirme—, pero al final lo llevé todo a una tienda de caridad que se nutre de donaciones, y me despedí de tu ropa como si fuese una coda a tu sepelio.

Durante las siguientes semanas, las prendas se fueron vendiendo sin dificultad y fueron varias docenas las mujeres que se las repartieron; son de buena calidad, no han pasado de moda y están en estado excelente; listas para iniciar una segunda vida.

Ahora, cada vez que salgo a la calle, entro en un comercio o doblo una esquina, creo por un momento entreverte, con tu abrigo gris perla de cachemira, caminando del brazo de una amiga que ríe demasiado fuerte; o tomando un café mientras lees un libro que no conocía y con tu bolso de piel de cocodrilo sobre el velador; o hablando por el móvil mientras esperas, con tus botas altas de puntera estrecha, a que un semáforo cambie de color; o haciendo cola en la caja del súper con tu fular de seda de diseño atigrado.

Es lo que tienen los pueblos pequeños.

Son apenas un par de segundos durante los que mi corazón vuelve a palpar con fuerza.

*Mauricio Antón*